

El Sembrador Salió a Sembrar
Un sermón basado en Marcos 4:3-8

Por Rev. F. Bakker

Lectura Bíblica: Marcos 4:1-20

Salterio 235:1, 2, 3

325: 1, 3, 4

382:1, 2, 5

169:1, 2, 3

Nuestro texto para hoy se encuentra en Marcos 4, los versículos 3-8, donde leemos las Palabra de Dios así: *“Oíd: He aquí, el sembrador salió a sembrar; y al sembrar, aconteció que una parte cayó junto al camino, y vinieron las aves del cielos y se la comieron. Otra parte cayó en pedregales, donde no tenía mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra. Pero salió el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó. Otra parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron y la ahogaron, y no dio fruto. Pero otra parte cayó en buena tierra, y dio fruto, pues brotó y creció, y produjo a treinta, a sesenta, y ciento por uno”*.

Congregación, el hecho de que hoy estemos bajo la Palabra de Dios es una evidencia que aún Le place al Señor obrar en nuestra alma. Pensemos en aquellos que no escuchan nada de la Palabra de Dios hoy, sino los pobres sonidos del mundo. ¿Por qué seguimos *nosotros* bajo la proclamación de la Palabra de Dios? Es solamente por el beneplácito soberano del Señor.

Sin embargo, ¿qué hacemos con esta proclamación del Señor? ¿Dónde cae esta semilla preciosa? Debemos examinarnos honestamente con esta parábola del sembrador. El examen de sí mismo nunca ha hecho daño a nadie, y sólo puede ser para nuestro bienestar espiritual. ¿No sería mejor preguntarnos mil veces si todo está bien con el Señor, en cambio de viajar a la eternidad con una salvación imaginada? Muchas veces no queremos examinarnos porque tenemos miedo de ser equivocados. Que el Señor nos dé Su gracia para examinarnos de acuerdo a Su Palabra. Con respecto a este tema, consideremos la parábola del sembrador. Leemos que la semilla cayó:

- 1. Junto al camino;**
- 2. En pedregales;**
- 3. Entre espinos; y**
- 4. En buena tierra**

Un sembrador salió a sembrar, por supuesto con la esperanza de que algún día sea cosechada. De la misma manera, el Sembrador Celestial siembra la Palabra para que un día lleve fruto. Esto es el trabajo que Dios está dispuesto a hacer en nuestra alma, porque el Señor no quiere que nuestra perdición, sino que nos arrepintamos. Él llama así: *“Mirad a mí y sed salvos”*.

Pero ahora preguntémonos: ¿Dónde ha caído la semilla? Una parte cayó junto al camino, donde la tierra estaba muy dura, y por ese motivo la semilla no pudo penetrar en la tierra. La semilla sigue en la tierra tal como fue sembrada. Más bien, esta semilla no se quedó allí, sino que fue comida por las aves que rápidamente la recogieron. Así que esta semilla no llegó a cumplir su propósito, pues las aves se encargaron de recogerlas.

Esta es una figura de los que oyen la Palabra de Dios, pero no prestan atención a ella. Se les predicán la Ley y el Evangelio. La semilla se siembra, pero el hombre sigue indiferente a estos llamados. En verdad sólo son oyentes de la Palabra, y no la ponen en práctica. No se humillan ante la Palabra, sino que siguen en su camino pecaminoso. El mensaje celestial vino a ellos, pero no penetró en el corazón, sino que las aves pronto la recogieron. Apenas ha caído la semilla cuando ellos se ponen de pensar y hablar de otras cosas que no tenían que ver con la Palabra de Dios. Ahora, tratemos de hacer un esfuerzo de correr a esas aves, pero nos daremos cuenta de que no podemos, pues la dureza de nuestro corazón no lo permite.

¿Y de dónde vinieron esas aves que comieron la semilla? Vinieron desde al abismo del infierno. Cristo nos dice: *“Pero después que la oyen, en seguida viene Satanás, y quita la*

palabra que se sembró en sus corazones”. (v. 15). El nombre de Satanás significa adversario. Él no hace más que oponerse al trabajo del Señor y la salvación del hombre. El envía sus ángeles infernales a que quiten la semilla que ha sido sembrada. A unos se dice: “Puedes pensar en esto más tarde”. A otro se susurra: “No puedes convertirte en ti mismo, ¿no?” Satanás hace creer al tercero que todo está bien, y al cuarto le dice la salvación no es posible para él. Estas son todas las aves que quitan la semilla, para que el hombre no se preocupe de su bienestar eterno. Satanás quiere desviarnos para así engañarnos eternamente, y lo hace de miles formas.

La semilla cayó junto al camino. No causó ni siquiera una impresión. Los hombres siguen fríos y sin ser conmovidos, aunque se les haya hablado de la ira de Dios o del amor de Dios, o si bien se les haya hablado de su culpa y del perdón del pecado. Al final, el hombre sigue tan frío como una piedra y tan duro como un fierro. Es como si no hubiera la eternidad, y como si nunca hubiera de morir. ¿Acaso no es terrible esto? Ninguna lágrima, ni impresión, ni oración, y ¡eso en un viaje a la eternidad!

No, amigos, el Evangelio no es atractivo al hombre. Para este el Evangelio es muy estricto, y para aquello es muy liberal. Para uno es muy angosto, y para otro es muy ancho; para uno es muy fácil, y para el otro es muy difícil. Como leemos: *“Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no lamentasteis”*. (Mateo 11:17). Y así sigue en nuestros días, y por lo tanto la semilla predicada cae al lado del camino.

Amigo, si oyes tu nombre con esto, la Biblia dice: *“¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en tu día, lo que es para tu paz!”* (Lucas 19:56) Que supliquemos de lo profundo del alma al Señor, confesando: “¡Yo soy ese hombre tan insensible, tan duro, tan frío y tan despreocupado!” Tú debes saber que es Satanás quien envía esas aves que comen la semilla, pues él no quiere que nada se retenga, y su meta es tu destrucción. Y por esa razón él envía sus aves, porque Satanás

desea tu condenación en vez de tu salvación. Por esa razón, consideremos antes de que sea muy tarde cuánta semilla preciosa se ha perdido hasta ahora en nuestra vida. Esa semilla fue verdaderamente preciosa. La Escritura la llama la semilla de regeneración, en la cual se encuentra el germen de la vida eterna. Sí, la semilla es buena, pero nosotros somos muy duros.

SEGUNDO PUNTO

Un sembrador salió a sembrar. Otra parte de la semilla cayó en pedregales, donde no había mucha tierra. Aquí debemos pensar en un lugar con sólo un poco de tierra encima de los pedregales. ¡Cuán rápido crecen las plantas ahí! Esto es porque la semilla sembrada allí no echa raíz para abajo. Aquí todo el crecimiento se va para arriba. También es un lugar caliente, porque los pedregales retienen el calor del sol durante el día y la noche.

En consecuencia, aquí la semilla se crece doblemente rápido. El crecimiento y la flor llegan casi al mismo tiempo. La planta crece mucho más que las demás, y promete mucho más. La otra semilla apenas ha brotado, pero en los pedregales la planta crece tan rápido, de modo que pronto está listo para dar fruto.

Sin embargo, cuando el sembrador viene y ve esto, manea la cabeza. Ve que este crecimiento es demasiado rápido, y que no está echando raíz. No pudo crecer hacia abajo porque los pedregales fueron muy duros para ser penetrados. Además, tan pronto como crece se cae, porque el sol es muy caliente. La planta no puede soportar el calor, porque no tiene humedad y no hay raíz que pueda absorber la savia de la tierra. Había mucho crecimiento y florecimiento, pero finalmente la planta no tiene fruto, y por eso esta semilla también se perdió.

Aquí también se puede ver una figura de aquellos que escuchan la Palabra de Dios. La semilla no cayó en la parte dura del camino, sino que penetró en el suelo, pero no lo suficiente profundo. Al parecer esta siembra de la Palabra promete mucho. Esperamos todo de ello. Hay

impresiones; hay lágrimas; hay oraciones; y hay ternura. Especialmente hay calor. Con lágrimas calientes se admite que esta es la verdadera Palabra de Dios. Hay un sentimiento fuerte de la verdad Divina. Es asombroso ver cuánto una persona puede hablar de esto con tanta emoción.

Pero ¡ay! Al mismo tiempo todo se va hacia arriba; todo crece al mismo tiempo. No hay una lucha que va hacia lo profundo para buscar la savia de la comunión con Dios. El hombre ya posee mucho antes de saber que le falta algo. No obstante, solamente los verdaderos necesitados experimentan la profundidad.

“Los que han oído la palabra, al momento la reciben con gozo” (v. 16). Estas personas pronto son convertidas y redimidas, y rápidamente hablan del cielo. Pasan por alto la profundidad. Si alguien habla sobre una lucha interna, ellos no saben de qué se trata. ¿La tentación? No saben de esto. ¿El ser cortado? Esto es extraño para ellos. ¿La parte de miseria? Esto les ha pasado mucho tiempo atrás, según ellos. Se regocijan y alaban. Siempre creen, y tienen al Señor Jesucristo para todo, o así piensan.

Estas personas tienen un celo que muchas veces le falta a un verdadero cristiano, y ellos también están en serio; no lo fingen. Pero no tienen profundidad; no tienen raíz. Por lo tanto, esto es sólo por un tiempo, o aun tal vez hasta la hora de su muerte. Puede ser que mueran con esta fe imaginada, pero no se puede ir a la eternidad con ello.

No obstante, con tales personas, el gozo se va cuando la Palabra de Dios comienza a trabajar con más poder. Se calienta demasiado cuando llega la lucha del calor, el quebrantamiento, la abnegación y la mortificación de sí mismo. Luego este crecimiento no puede soportar más los rayos del sol, porque ha crecido muy rápido. Se marchita y se cae tan rápido que había crecido.

Jesús nos dice: *“Son de corta duración, porque cuando viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, luego tropiezan”* (v. 17). Cuando estos tienen que ir a la profundidad, y

cuando tienen que perder su propia vida; cuando el rey que es el “yo” debe morir; cuando él ha sido sacado de su trono, descubierto y hecho irreligioso, desde ahí se verá que la semilla no tuvo profundidad. *“Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él”* (Juan 6:66).

Ellos se han convertido en personas muy grandes. Son los “grandes” en el Reino de Dios: se han convertidos en los grandes en cuanto a la virtud y los derechos, en sus infundados regocijos, en su fe pretendida, y en su piedad fingida. Quizás también se han hecho “grandes” con su humildad engañosa, porque uno también puede ser grande en su mansedumbre falsa. No nos olvidemos de que también hay fariseos que saben orar la oración de los publicanos.

Había crecimiento y florecimiento, pero no había fruto. Se creció del lado equivocado, sólo hacia arriba. El orden Divino es el mismo que el de las semillas; debe ir primero hacia abajo, y luego hacia arriba. No empieza primero con la posesión y la alabanza. El crecimiento en los pedregales es mucho y grande, pero es sumamente seco. Cuando el Novio venga en el gran día de días, sus lámparas se apagarán como las de las vírgenes imprudentes.

Por ese motivo debemos examinarnos de cerca para saber dónde ha caído la semilla en nosotros mismos. Y aquí está la gran pregunta: “¿Qué se ha quedado de la impresión, de las emociones, de las lágrimas, de las oraciones, y del gozo que había anteriormente?” ¿Tenía raíz? ¿Ha pasado por la profundidad del descubrimiento, de la lucha y del miedo, y sigue siendo experimentado? Pues podremos llorar muchas lágrimas y seguir sin ser salvos. Podemos haber orado mucho y seguir perdidos. Es posible regocijarse y al final tener que llorar eternamente.

El lugar del crecimiento verdadero se encuentra abajo, dentro de la tierra. La hermosura de Cristo sólo se ve cuando primeramente va hacia abajo en la vida de los pecadores. Según la medida en que el hombre es exaltado en Cristo, también se humillada en sí mismo. Lo más

profundo que él baja, la más savia de la vida que se encuentra en él, porque Cristo está donde están la culpa y la muerte.

No es posible tener demasiado celo por el servicio del Señor, siempre y cuando esto surja de la profundidad. Por lo tanto, sin duda es necesario orar: “Señor, quiebra la roca de mi corazón, porque en la superficie puede haber cierta apariencia, pero por dentro soy muy duro. Abre mis ojos para que yo no me apoye en la ternura y las emociones, porque esto no es suficiente para mí para la eternidad”.

TERCER PUNTO

La tercera parte de la semilla cayó entre espinos. Si se corta o se arranca el espino o la maleza, muchas veces todavía deja raíces en la tierra. La semilla también cayó en este suelo de espinos. ¿Y qué sucede ahora? Ahora los espinos y las plantas crecen juntos. Ahora dos cosas crecen en el mismo lugar al mismo tiempo. Sin lugar a dudas, la una sufrirá por causa de la otra.

La semilla sembrada entre los espinos se brotó muy rápido; pero estas plantas crecen muy lento. Cuando el tiempo de cosecha llega, no se encuentra ningún fruto para recoger allí. ¿Por qué es así? Los espinos pronto son altos; sus raíces echan más abajo, y por esta razón la semilla buena no recibe lo suficiente humedad, luz y espacio. Finalmente no se encuentra ningún fruto, porque los espinos han tomado demasiado espacio.

Esta es una representación de la gente que escucha la Palabra de Dios, y que también la acepta. Tiene raíces pero muy pocas. Hay algo en ella, y esto puede quedarse hasta la muerte, pero le falta el florecimiento. No sigue hacia adelante, ni siquiera en el descubrimiento, ni en la tristeza que es según Dios, ni siquiera en el gozo de Dios.

¿Por qué es que hay muy poco de lo que obra la Ley y el Evangelio? ¿Qué es lo que impide el crecimiento para que no lleve fruto? Esto es por causa de la rutina de vida de este mundo. Esto

es la carne y sus preocupaciones diarias, que al final conquistan a la persona. Como los espinos no dejan que las plantas crezcan, así también las preocupaciones eternas se dejan por causa de las preocupaciones del mundo. Ha habido crecimiento, pero las clavijas de la tienda terrenal se sujetan con demasiada firmeza para fijar sus afectos en las cosas celestiales. Cristo dijo de esto: *“Pero los afanes de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas, entran y ahogan la palabra, y se hace infructuosa”* (Marcos 4:19).

Estas personas claudican entre dos pensamientos (1 Reyes 18:21), pero siempre cuando verdaderamente tiene que escoger, se escogen el mundo y sus preocupaciones. La carga o la lujuria de cada día ocupan tanto tiempo y esfuerzo, de modo que el bienestar del espíritu no tenga valor al final. Para estas personas, el crecimiento de los ídolos espinosos es demasiado. Es por eso que el crecimiento espiritual tiene muy poca humedad, poca luz y poco espacio.

No se puede servir a Dios y a las riquezas. Cualquiera que sea más importante vencerá al otro. Dónde está tu tesoro, ahí también estará tu corazón. Y si ese tesoro está en el cielo, así también estará tu corazón; y si ese tesoro está en el mundo, así también estará tu corazón en el mundo. El corazón no puede estar en dos caminos. Nadie puede servir a dos maestros. Últimamente el Señor nos pide una sola cosa: tu corazón, es decir, el amor por Él.

Con este crecimiento entre los espinos, el hombre viejo siempre domina en cuanto al amor de Dios. El amor a sí mismo sigue siendo más grande que el amor por Dios. Entonces al final el sembrador celestial cortará estos espinos, y estas plantas se quemarán eternamente en el fuego.

Por lo tanto está es la pregunta. “¿Qué tipo de crecimiento tiene la semilla en *tu* corazón? Nunca estés tranquilo con la creencia de que ahí hay algo, porque siempre tiene que haber la experiencia de dejar las cosas del mundo. Es necesario que el amor a ti mismo muera para que

haya el amor a Dios y a nuestro prójimo. Luego esto se hace realidad en nuestra vida.; luego esto se ve por nuestros amigos, porque es imposible llevar fruto ante Dios y no ante nuestro prójimo.

¡Oh, esto requiere un buen cuidado! Esto es como si ahora tú escucharas: “¡Tú eres ese hombre!”, y para que digas: “Tengo miedo de que conmigo la semilla haya caído sobre el camino, entre pedregales, o entre espinos. Tal vez me he engañado a mí mismo para siempre”. Esto en sí no es malo, pues sólo el verdadero cristiano tiene mucho miedo de su propio engaño. Esto puede ser muy temeroso para él, al saber de la dureza del camino, la inaccesibilidad de los pedregales, y el dominio de los espinos que se encuentran en sí mismo.

Sólo el cristiano por nombre nomás vive en paz siempre, y piensa que todo estará bien. No sabe lo que es examinarse. Pero si la semilla cae en uno de los tres lugares malos en *nuestro* corazón, que no seamos demasiado orgullosos para no caer en rodillas y orar al Señor por Su ayuda: “*Exáminame, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno*” (Salmos 139: 23-24). Antes de terminar con nuestro cuarto punto, cantemos eso **del Salterio 382, estrofas 1, 2 y 5.**

CUARTO PUNTO

La cuarta parte de la semilla cayó en buena tierra. Algo de la semilla todavía lleva fruto, aunque la mayoría rechaza la semilla de la Palabra. El gran sembrador, Cristo, tenía que experimentar esto por Sí Mismo. Pero también había publicanos, quienes con sus manos se golpeaban por sus pecados. Había pecadores que aprendieron a vivir por la gracia. Siempre y cuando la semilla sea sembrada, allí habrá fruto por la obra del Espíritu Santo.

Por lo que se ha dicho anteriormente, ya sabemos qué es la buena tierra. Este suelo está suelto y suave, el cual toma la semilla, no como en el camino duro. Aquí las aves no pueden sacar las semillas tan fácilmente. Esta buena tierra también tiene profundidad. Aquí las semillas

no tienen que penetrar por las rocas, y así pueden echar raíces. También es un suelo limpio de raíces de espinos. Aquí la semilla tiene suficiente humedad, espacio y luz para crecer.

Así es con aquellos que se han convertidos en hacedores de la Palabra. Las aves no tienen la oportunidad de llevarse las semillas, pues la Palabra ha entrado muy profundo para que eso no sea posible. Aquella persona se convierte en una persona contrita y humilde. Esta persona dice: “Nunca nadie ha cometido tanta maldad en contra de tanto bien”. Así aprende a hablar bien de Dios y mal de sí mismo. La semilla sembrada ha penetrado y comienza a trabajar. Tal persona no puede deshacerse de la obra que ha comenzado adentro.

Aquí la semilla cae muy profundamente, porque lo pedregoso del corazón ha desaparecido. Tales personas ya no pueden soportar estar en la ciudad de destrucción. Nunca más pueden regresar. En el fondo de sus corazones se experimenta que *“la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación”* (2 Cor. 7:10). Cuánto luchan por la savia de vida de la comunión con Dios, la cual se había roto con su pecado.

Esta obra de Dios se lleva a cabo en secreto bajo la tierra; por eso es tan personal entre Dios y su alma. Pero lo que es en secreto será revelado, y llega el momento cuando todo sale a la luz. Lo más profundo que ha descendido la semilla, lo más que se ve en la vida de la gracia. Cuanto más que Cristo se ha hecho hermoso para tal persona, tanto se puede gozar en Él. El crecimiento se hace más en proporción con la profundidad que ha entrado. Aquí la semilla no ha caído entre espinos. También se ha dejado de servir este mundo. Ciertamente esto causa dolor. Pero cualquiera que conoce el amor de Dios no puede seguir dando su corazón a este mundo. Una vista del favor de Dios vale más para ellos que todas las distracciones de este mundo. El hombre viejo en verdad sigue ahí, y también algunas veces gana, pero ahora él se ha convertido en un enemigo. *“¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?”* (Romanos 7:24).

De lo profundo de la tristeza según Dios también nace una alegría en Dios. Aquí la tristeza es la madre de la felicidad. Luego tiene las raíces en la felicidad que ni siquiera el inferno puede quitar.

Querido amigo, ¿donde ha caído la semilla para ti? Si ha caído en buen suelo, es posible que ahora te preguntes si es verdadero. El pueblo de Dios muchas veces tiene que quejarse de que en sí mismo mucha semilla ha caído en el camino, y que muchas veces son tan duros como una piedra, y que los espinos ahogan mucho el crecimiento. Ellos no pueden hacer nada en sí mismo, sino lo que va en contra de la semilla de la regeneración. El pueblo de Dios aprende que es impedimento a su propia salvación. Pero por otro lado, este pueblo de Dios no puede nunca deshacerse de la vida de la gracia. Para ellos, un pedacito del pan celestial vale mucho más que todas las angustias y gustos de este mundo. Ellos prefieren estar con Dios bajo una cruz, que sin Dios y en la prosperidad. Entonces para ellos la semilla no ha caído entre los espinos.

Ahora bien, en todo esto necesitamos el Espíritu de Dios para haya el crecimiento verdadero. Sólo el Espíritu puede abrir el campo de nuestro corazón, y hacer que la semilla traiga la unión con la profundidad. Y Cristo permite que Su pueblo Lo encuentre ahí, en la profundidad. Él ha descendido para poder encontrar a una persona que se esté hundiendo, para mostrarle Sus bendiciones. Bendecido son aquellos que se han humillado con Él, y que han sido enterrados con Él, porque ellos también resucitarán con Él, para producir frutos en la viña de Dios. *“De mí será hallado tu fruto”* (Oseas 14:8).

Leemos en nuestra parábola que unos llevaron fruto de a treinta, otro a sesenta y otro a cien, cada planta de acuerdo a lo que podía llevar. El Espíritu de Dios deja a cada uno que lleve fruto de acuerdo a su fuerza. Esta es la inefable sabiduría de Dios; el fruto nunca es demasiado, y nunca falta.

Que hermoso es él que lleva fruto a treinta; aún más hermoso el que lleva fruto a sesenta; y lo más hermoso es el que lleva fruto a cien, porque estos se inclinan lo más para abajo. Una planta cargada con fruto se inclina hacia abajo.

Sin embargo, los hijos de Dios no saben por sí mismo cuánto fruto llevan. Al contrario; cuanto más se avanza en la vida de la gracia, tanto más que el pueblo de Dios experimenta que no lleva fruto. También es un peligro cuando ellos se consideren a sí mismos muy fructíferos. Es cierto que la Confesión Belga afirma que el hombre es asegurado por los frutos de la fe. Sin embargo, esto ni significa una cosecha de sus propios frutos, ni una suma de sus propias buenas obras, hasta llegar a la conclusión de que todo está bien, y así reposar en eso. En cambio, el Señor se hará conocer cuando hay frutos verdaderos. *“Y al que ordenare su camino, le mostraré la salvación de Dios”* (Salmos 50:23). Al llevar fruto verdaderamente, siempre se experimenta la comunión de Dios. En primer lugar los frutos son para el honor de Dios; pero también se incluye la salvación del hijo de Dios a la vez.

No, el pueblo de Dios no sabe cuánto fruto lleva, porque en el gran Día del Señor dirán: *“¿Cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermos, o en la cárcel, y vinimos a ti?”* (Mateo 25:37-39). Ya no lo reconocen en sí mismo; las verdaderas buenas obras no son hechas para merecer algo ante Dios, sino que la fe verdadera es activa a través del amor, y el que puede estar en aquel amor no puede hacer otra cosa que llevar fruto, porque tiene a Dios en su mirada.

Cuando la semilla cae en la buena tierra, la persona se da cuenta de que estos frutos nunca se producen por uno mismo. Todo lo que sea bueno es por causa de la fidelidad de Cristo. Esto es algo que nos humilla: el aprender que nuestras propias justicias son con trapos inmundos. El

Espíritu Santo enseña esto, quitando lo del hombre para luego dar de lo Suyo, y así Dios glorifica Su propia obra.

Queridos amigos, pronto vendrá el día de la cosecha, cuando se recogerán los frutos en los graneros celestiales. A tal fin han crecido, y eso será su destino. Donde la semilla ha caído en la buena tierra, la muerte ya no puede hacer daño. Entonces la muerte sólo puede llevar hacia la cosecha, pues el Señor llevará a los Suyos a su morada celestial. En aquel lugar no habrá tierra pedregosa ni espinosa. El sembrador ya no sembrará con lágrimas, porque Dios enjugará todas lágrimas de sus ojos para siempre. Amén.